

LA EPOPEYA DE LOS ESPAÑOLES Y LOS YARIGUÍES La fundación de San Juan de los Caballeros de Girón

Autor: Hugo Mantilla

Heredero de un bravo de España en Lepanto,
Juan Francisco Mantilla de los Ríos
timbre claro del fresno, con capa y azada,
una tarde rojiza de soles bravíos
en Colombia serenos su escudo y espada,
en nombre de Dios y por orden del Rey
orgullosos y resueltos vienen.

Y en los valles mullidos al lado del río
entre yerbas y flores de dulces aromas,
entre vuelos y coros de trinos de alondras
riente villa de casas azules y blancas,
a los indios absortos hizo construir
con el nombre perenne de acento sonoro
que el agua y la gente, el cigarro y el oro
arrullan y mecen en humos y brillos de fe.

Es San Juan de los Caballeros de Girón,
fragancia en luceros de arpegios embriaga
el hogar y la tierra de aquel infanzón,
recio enviado del digno Marqués de Sofraga,
en memoria del cual se bautiza el blasón
con el signo del santo y la luz castellana
bajo toque cristiano de limpia alborada
que del blanco acusa india amorosa
linda estirpe, la flor de la raza
en cruce divino de espíritu y sangre germina.

Las flechas y lanzas que hieren y matan
describen bizarra epopeya de horror;
en crías del caballo de Alfinger, los hijos del sol.
Yariguíes indomables opuestos al noble español
defienden la tierra y el agua,
resisten y atacan al mosquete y la cruz
que hacen trizas con ciego valor.

La lucha se enciende y mueren altivos varones
la llama se extiende y arde la villa en fuego letal
con lenguas sombrías que reptan sinuosas
en busca de chispas y estrellas al cielo en fragor.

Abierta la guerra, dos campos se cubren.

...

Resurge la villa. Jesús en el templo refugio de paz.
Se fraguan y templan las armas, milicias obrad.
Los indios cautivos levantan paredes azules y blancas
y sólidas puertas y gratas ventanas de ceiba y nogal.
Las cumbres en teja de rosa y humilde nacuma
en bronce el escudo, leones y torres de prez inmortal.

Resuenan las trompas que anuncian la fiera embestida
el rostro y las plumas de los yariguíes coronan los altos.
En líneas pasmosas que indican la carga cerrada
inician bandadas de flechas cual aves veloces,
del arco tendido en las manos diestras de los primitivos.
Responde la pólvora,
las cargas certeras del fuerte asediado
contienen, destrozan, reducen,
liquidan el cuadro de los yariguíes
que en el quieto día caen uno a uno
de la yegua blanca, de la mula rucia, del caballo negro,
desde los barrancos de los estoraques hacia la hondonada
de los altos riscos y entre las praderas,
no hay ninguno en huida, van directos al asalto,
sin vacilaciones contra la estacada,
sin un solo grito de lamentaciones
caen boca arriba, con el pecho abierto
o la frente rota.
Púrpura de flores densa
pero en coágulos severos los cubren en breve
cual si protegiesen sus humanidades de los broncos vientos
y candentes rayos del atardecer.

Sólo uno persiste. La lanza empuñada
y el arco cruzado sobre un alazán.
Lúgubre el aspecto, crispada la faz.
Es el real cacique de los yariguíes
señor de las aguas e hijo del sol.

El gran Bucarica, semilla del roble,
árbol sagrado de sabiduría de eterna existencia,
voz y brazo de la gleba y penacho de la resistencia.
En onix y plata su plumaje ondula en la plaza plena,
airoso ante el castro y en el atrio del templo y al pie del altar
en donde el Bendito le hizo detener.

No me toques indio, que yo soy tu rey y tu no eres nada:
ni brizna de hierba, ni gota de agua, ni polvo en mis manos.

Vuelve, retrocede ya que aquí frente al altísimo nadie supervive
con odio ni arma sino en son de paz.
Vuelve con los tuyos,
transmite el milagro del amor de Dios
en la selva virgen de la Magdalena
en las tierras tuyas del agua y del sol.

Mujeres y niños y algunos ancianos
oyeron la frase armoniosa de acento jamás escuchado.
Y el indio asombrado, demudado el rostro,
los ojos en Cristo, barrida la ira por un ramalazo del presentimiento
poco a poco sofrenó el caballo y retrocedió.
Contrito, en fiero y ritual movimiento de recogimiento.
Plantado en el atrio contempló el baluarte y galopó hacia él.
Buscaba la muerte que lo desdeñó conforme al mandato del hijo de Dios.
Cuando estuvo único, de la plaza impasible se alejó sin prisa.
Alazán de la fauce en armiño, la espuma sin pausas
allá en la colina de los carrizales,
tierra y sol de marcos desafía estatuaría
la altiva silueta del jefe indomable.

Alto el fuego, dispone la orden de don Juan Francisco
cubierto de polvo y la mirada fija en el invencible.
Silencio profundo resuena doliente y hasta las campanas lanzadas al vuelo
cortan el repique en el homenaje hidalgo de la cristiandad.

Hierático arriba, firme en la cabalgadura,
la tez sudorosa, la expresión muy dura,
Bucarica espera a los rezagados
que ascienden en cuotas,
heridos, gastados
en la lucha heroica de la carga inútil,
los músculos tensos, la sangre en la cara,
la furia en la vida, la muerte en el alma.

Son apenas doce de la tribu inmensa
con un prisionero de altivo donaire
y una joven india, Rocío de Luna,
que lleva en la mano la mano de un niño
también prisionero, de bucles dorados
y cutis extraño de fondos y tonos rosados.

Son dos blancos, jefe. Habló el jerifalte del apostolado.
Los hicimos nuestros en el Río del Oro
cuando coloquiaban con Rocío de Luna.

Corrió por los aires un viento de brisas siniestras,
profundas, hirientes, heladas.

De frente el mancebo, los brazos atados
completa la honra y viril la pasión,
el pecho desnudo, la angustia en los ojos
espera su fin en el pico frío del alto de Girón.

Vino la lanza, fuego en las pupilas,
el cacique salta contra el contendor.
No le mates padre en raudal de lágrimas,
suplicó Rocío cual un ruiseñor.

Pero no hubo tregua, ni perdón alguno.
El arma silbó y se clavó en la garganta.
Traspasada al punto, surtidor de sangre floreció en guirnalda
de perlas y rosas por la serranía.

Muere por los tuyos, muere con los míos
aún bramó el terrible señor de las aguas
y el rayo homicida de nuevo en su garra
al niño indefenso monstruoso buscó.

La india se postra, los brazos en cruz,
su cuerpo adelante del cuerpo infantil.
No le mates padre, es mi hijo, es tu sangre
no le mates por nuestro Señor,
chilla en un aullido maternal, febril.

Se turba y se nubla la vista del Hijo del Sol
y por vez primera la ternura manda al corazón bestial.
El brazo se afloja,
tranquila descende la lanza
ya se recupera,
mira adusto al ser de su ser retoño.

Y monta a caballo de un salto entero y de hierro.
Rocío de Luna aún de rodillas le implora
Padre, llévanos contigo. Padre... y llora.

Pero Bucarica le volvió la espalda.
Vete, vete con el crío, resuella tajante,
No eres hija mía, vete, vete al pueblo, vive allí.
No me perteneces.
Eres ya del cristo que desde un madero me cambió la suerte
me quebró el orgullo, me obligó a vivir.

Los cascos retumban por la loma acústica
y la polvareda del sendero triste
en la tarde póstuma cubre las bronceadas espaldas
del gran Bucarica y de sus apóstoles,
todos en raudal galope que el ocaso marca con sus resplandores

en las plumas bellas de las jerarquías
y en las mismas nubes del cielo zafir.

Dicen que peregrinó hasta el Sogamoso
y de allí a los cauces de río Magdalena.
Dicen que en las selvas y en las plataneras
cumplido el milagro de Jesús en Girón
junto a un cedro inmenso de culto sagrado
recuerdo de Alfinger en sus aventuras,
sobre un cuero de tigre se murió callado,
la boca apretada y absorta la vista,
la lanza muerta al lado
cual si contemplase la imagen de Cristo
cuando al pie del altar le arrancó la rabia,
le marcó un camino,
le abrió la conciencia,
le enseñó el amor.

Caía la noche y los españoles
vieron la llegada de Rocío de Luna,
el niño dormido, pálida y serena,
los cabellos sueltos, silencioso el paso.

Dónde esta mi hijo? La voz de don Juan Francisco taladró las sombras.
Muerto está en el alto, sollozó la india,
ya no tienes hijo, yo no tengo padre,
mas está la vida de la sangre nueva
en el hijo mío que nos deja Dios.

Y así, de la gesta de los españoles y los yariguíes
siglos hace varios.
De los labios rojos y del seno tibio
de la princesita del cabello suelto
y del vivo aliento que aquel hijodalgo
muerto de un lanzazo en la cruz del cerro
sumergió en la tierna carne de Rocío de Luna,
entre las alfombras de los pastos verdes
en una mañana alumbró la especie de la raza nuestra,
bendita y altiva, robusta, inquieta y sensual
que en Girón despierta y por Colombia marcha,
ansias de combate, alma espiritual.

HUGO MANTILLA